MICHAEL EDWARDS, *Future Positive. International Co-operation in the 21st Century*, Londres, Earthscan, 1999, 292 pp.

No sin vacilaciones, me atrevería a decir cuál es el propósito principal de *Future Positive*. En realidad, creo que ninguno de quienes han reseñado este libro ha podido hacerlo, con entera propiedad, hasta ahora. Y es que éste es uno de esos libros que no plantean de manera clara su intención original, ni el hilo conductor del argumento que el autor pretende desarrollar, y que, cuando se avanza en su lectura, va tocando distintos temas que nada tienen en común o que, presentados de esa forma, sirven de poco para entender su tema central. En mi opinión, la hipótesis de Michael Edwards es que, en el marco de la globalización y los problemas que este fenómeno trae consigo, la cooperación internacional es el único camino recomendable para construir un “mundo más pacífico y justo”. Para demostrarla, el autor revisa la evolución histórica de la cooperación internacional y la ayuda externa a países en vías de desarrollo o envueltos en crisis económicas, de lo cual concluye que ambas deben reformarse si se quiere lograr que sean efectivas o que no fracasen como “todos” los intentos a ese respecto puestos en marcha desde 1945. Así, propone que, para que la cooperación funcione, debe planificarse con base en las políticas de desarrollo, en vez de entenderla simplemente como ayuda humanitaria. Lo anterior se sostiene en la candorosa idea de que el deseo de “trabajar todos por el bien común es una de las características de la naturaleza humana”, y se trata de explicar con la noción, demasiado simplificada, de que el ambiente más favorable para la cooperación es la economía de mercado, pues ésta, según se advierte, es el único medio de proveer el desarrollo requerido para sacar a la gente de la pobreza.

En su estudio de la cooperación, Edwards siguió el camino de lo que Robert Packenham llama doctrina económica, según la cual, con ayuda económica y técnica, se contribuye al desarrollo social y político. El desarrollo económico se define en términos del crecimiento del ingreso per cápita y otras medidas convencionales. Mientras que el desarrollo político se basa en la estabilidad, la democracia, la pertenencia a la “comunidad internacional”, la paz y el “proamericanismo”.¹ Al cobijarse bajo la sombra del liberalismo, este estudio tiene las cualidades y defectos que Packenham le atribuye a dicha corriente de pensamiento, como las convicciones de que: a) el cambio y el desarrollo son fáciles de lograr, b) todo lo bueno viene junto, c) el radicalismo y la revolución son malos y d) la distribución del

¹ Robert Packenham, *Liberal America and the Third World: Political Development Ideas in Foreign Aid and Social Science*, New Jersey, Princeton University Press, 1973, pp. 3-22.

poder es mejor que su acumulación. Lo anterior hace de éste un libro interesante y apasionado, pero poco o nada convincente.

Los primeros capítulos se inician con el argumento de que la cooperación es intrínseca a la naturaleza del ser humano. De acuerdo con esta peregrina idea, "todos nosotros necesitamos ayudar a alguien en algún momento de nuestras vidas". Afirmación que parece fortalecerse sobre todo ahora que se vive en un mundo globalizado, donde el bienestar del individuo se ve afectado por acciones colectivas decididas en cualquier parte del mundo. De ahí, infiere el autor, que sea necesaria la cooperación, para llegar así a un acuerdo acerca de los derechos y obligaciones de cada cual. Esto es, "nadie quiere pertenecer a una familia disfuncional", por lo que hay que ayudar a los seres humanos a formar parte de una comunidad responsable. Sin embargo, estas afirmaciones, que en la obra son comunes y lanzadas a la ligera, no encuentran sustento posterior en datos empíricos o teorías. En este caso, por ejemplo, jamás se define qué es una familia o un mundo disfuncional, un entorno responsable o quién y cómo establecerá reglas universales basadas en la cooperación, ni si habrá un castigo por su incumplimiento.

En el libro, cooperación significa "crear la oportunidad para que otros se desarrollen por ellos mismos, y no sólo darles cosas directamente". Este desarrollo o progreso, individual o de un país, supone que invariablemente se llegará a lo que Edwards denomina una "buena vida" -todo lo bueno viene junto. Aunque reconoce que no hay una definición universal de esta última, asegura que podría entenderse como el deseo que "todos tenemos" de poseer más y ser más; de estar libres de la violencia y la pobreza; de ser amados y tener un sentido de pertenencia; de querer más el control del poder; y ser dueños de nuestro propio destino, en vez de ser objeto de las intenciones de otros. A lo anterior, se anuncia, han ayudado "el mercado, la ciencia y otros aspectos de la modernidad", los cuales han brindado las condiciones materiales para que la gente tenga más opciones respecto de la buena vida que desean elegir. De ahí que lo que ahora se requiere sea un cambio del "yo" al "nosotros" y, por ende, una transformación "revolucionaria" en la calidad de la cooperación internacional. Sin embargo, vuelve a olvidarse la explicación de cómo se dan estas aparentes relaciones causales que, mencionadas así, se antojan muy simples. Es decir, no se justifica cómo el desarrollo resulta ser tan asequible ni de qué manera trae consigo, casi inevitablemente, una "buena vida"; ni cómo el mercado ha contribuido a que una sociedad esté libre de la violencia o sea menos pobre, o que un individuo sea más amado.

La globalización, para Edwards, es una oportunidad única que tiene el mundo para transformar el modo como se ha cooperado hasta ahora. Pese

a que esta idea es parte de lo que se supone que es su argumento central, ni siquiera intenta definir con entera propiedad lo que entiende por globalización. En el mejor de los casos, hace referencia a algunas características de este fenómeno y afirma que es un “incremento en los flujos de capital, gente, bienes y servicios, los cuales cruzan fronteras nacionales a mayor velocidad”. Afirmación que, como puede verse, está bastante lejos de ser una interpretación. No obstante lo anterior, para el autor, dentro del escenario de la globalización, la cooperación internacional tiene un gran papel que desempeñar: “creando estándares mínimos en los mercados globales, mejorando la dotación para la gente pobre para que pueda competir más eficientemente en la economía de mercado, y alterando los patrones de consumo y producción, especialmente en los países del norte”. “La globalización trae consigo algunos costos, pero contribuye a que la gente observe la solidaridad como una propuesta viable”. Sin embargo, Edwards omite demostrar cómo la globalización logra semejantes triunfos.

Otra de las ideas que se desarrolla en el libro es la de la búsqueda de un camino intermedio entre el liberalismo económico y la democracia social; entre la libertad individual y las obligaciones colectivas; entre “la eficiencia y el amor”, como si todas las piezas de este catálogo guardaran algún vínculo lógico, racional o, al menos, congruente entre sí. Esta tercera vía consiste, sostiene el autor, en que no haya una política específica para ayudar, sino que a cada cual se le dé las herramientas para crear una mejor sociedad. Sólo puede encontrarse este “interés común” por medio de prácticas democráticas y del debate. Al margen de lo que, en este contexto, pudieran significar las tales “herramientas” y la “mejor sociedad”, el vínculo entre aquéllas y ésta se deja a la imaginación del lector. El autor reconoce que se están conformando nuevas formas de gobierno y que el poder del Estado y su soberanía sufren un proceso de redefinición, en parte, debido a la creación de nuevas instituciones, lo cual presuntamente es “bueno para la cooperación”. Empero, al mismo tiempo, señala que el Estado sigue siendo el actor principal y que se requiere de gobiernos fuertes si se desea proteger a las minorías de la globalización. Para ello, “debe combinarse la regulación pública, privada y civil, así como hacerse más democráticas las decisiones acerca de qué hace cada quien”. Una vez más, el autor no propone una forma para lograr estas metas, lo cual las hace parecer verdaderas utopías.

En el libro está claro que la historia de la cooperación internacional no es nueva. Se dice que los estados, como las personas, tratan de interferir siempre en la vida de los demás. Desgraciadamente, según aquí se relata, la cooperación internacional ha sido una historia de fracasos, debido a que la mayoría de las veces se ha optado por ayudar materialmente sin tomar

en consideración las políticas de desarrollo particulares de cada país. El autor explica que, por el contrario, los países crecen no sólo porque reciben ayuda del exterior, sino también a consecuencia de su habilidad para invertir y posponer el consumo en beneficio del ahorro, ya que aparentemente los rendimientos crean suficientes recursos para satisfacer las necesidades básicas para el bienestar de la población. En realidad, concluye, para lo único que puede servir la ayuda económica de emergencia es para crear un espacio en el que los países por sí mismos puedan maniobrar frente a imprevistos. Los gobiernos deben, evidentemente, fomentar este proceso, lo cual, de ser necesario, puede incluir un periodo de autoritarismo, que con el tiempo daría paso a la consolidación de un régimen democrático donde reine la economía de mercado. No obstante, no logra convencer acerca de la relación causal que, según él, existe entre liberalismo económico y democracia.

La segunda parte del libro es menos afortunada que la primera, pues Edwards no abandona la simplicidad de la retórica del liberalismo económico, al menos como él la entiende, y además intenta mezclarla con ideas de cambio individual que parecen tomadas de un libro de superación personal. En las páginas de esta sección se pretende dilucidar cómo los países pueden cooperar y lidiar, al mismo tiempo, con los costos de la globalización. El argumento que se sigue es que, para que pueda haber mayor "calidad" en la cooperación, es necesario llevar a cabo una serie de reformas de las instituciones internacionales que, según Edwards, están involucradas con la cooperación. Esta renovación institucional supone que los organismos económicos y financieros, los cuales son los que hipotéticamente colaboran, modifiquen su manera de auxiliar a los países que se encuentran en crisis o en vías de desarrollo. Con la ingenuidad que nunca lo abandona, Edwards afirma que el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI) deberían ser inversionistas, y no sólo donadores; y que en vez de condicionalidad debe haber un pacto de ayuda económica negociado. Posiblemente, el autor no ha revisado con cuidado la historia de ambos organismos, pues, de haberlo hecho, no se aventuraría a divulgar tales afirmaciones. De entrada, el autor supone que el BM y el FMI, alguna vez, han sido sólo donadores, y cree que pudieran estar dispuestos a negociar un préstamo, en vez de imponerlo. Ello implica, según Edwards, que debe humanizarse el capital. Es decir, que deben encontrarse nuevas formas de distribuir la riqueza y de evitar la injusticia social. Para lo cual, de nuevo, se hace indispensable la cooperación, pues aún no se ha llegado a un consenso acerca de cómo humanizar el capital, ni de cómo reformar los mercados integrados para que puedan responder a problemas sociales y ambientales —como si ésa fuera la función de los mercados. Debido a esto, debe refor-

marse la actual estructura de poder, incluida la de los negocios. Así, para Edwards, humanizar el capital ha de significar que se “re Cree la racionalidad sobre las bases de la preocupación por el prójimo”: “la preocupación (*caring*) debe volverse racional” (sic). Y ya que se pretende hacer tantas reformas, como a Edwards todo le parece fácil, propone no sólo que se reformen los organismos financieros internacionales, sino también organismos como las Naciones Unidas –aunque, como es su costumbre, sólo echa a volar la imaginación, pero no aterriza sus propuestas. Además propone un sistema de gobierno global (*global governance*), el cual lidie con problemas tales como la contaminación, el comercio y la inversión, los derechos humanos y todo lo que al lector pueda ocurrírsele. Y por si lo anterior no fuera suficiente, el autor propone que las reformas no se queden en el ámbito institucional, sino que se dé una “revolución personal”: “necesitamos una nueva historia, con nuevos mensajes, imágenes positivas”. “Esto requiere de cambios profundos en el comportamiento humano”. Para que esto suceda, “se requiere de una visión de liderazgo en política”, para que puedan llevarse a cabo medidas como la recaudación hacendaria mundial (*international taxation*) –sin comentarios. En suma, la revolución personal supone que los individuos tomen conciencia de que la única manera de enfrentarse a las actuales estructuras de poder es cooperando.

Debo reconocer que el libro está escrito en un lenguaje claro y accesible al público en general, y que resulta evidente la buena voluntad del autor. Sin embargo, no necesito repetir que las ideas presentadas en *Future Positive* me resultan, en general, ingenuas y poco convincentes. No parece tener noción clara de lo que busca; confunde, sistemáticamente, cooperación internacional con políticas de desarrollo, y conceptos como intervención humanitaria con asistencia y condicionalidad; embrolla temas relativos a políticas de desarrollo con otros de relaciones internacionales o, incluso, con asuntos de psicología. Lo anterior no muestra sino el escaso rigor académico del libro, el cual parece contribuir poco o nada al orden mundial, lo que, al fin de cuentas, era la intención original de Michel Edwards.

JAVIER TREVIÑO RANGEL